

Al considerar esta etimología desde el punto de vista fonético, no se encuentra dificultad para rechazarla: ni la sonorización de -T- ni la síncopa de E, en posición intertónica, ni la consiguiente simplificación de RR, ni tampoco la evolución de EQUU se apartan del ámbito de las normales leyes fonéticas; puesto que EQUU debió resultar muy temprano *ECU (análogamente a QUOMODO > como), con la sonorización de las tenues intervocálicas se obtuvo regularmente *EGO, y así todo el conjunto de BURR(U)-ET-EQU(U) + ANU se desarrolló en *burdegano*. No hay irregularidad, excepción hecha de la Ē tónica conservada, fenómeno que hace pensar en un préstamo de origen dialectal, dada la antigua extensión de las zonas que no diptongaron Ē y Ū¹. Tanto más probable me parece esta hipótesis de préstamo tratándose de palabra que por cierto se formó en la Península Ibérica, en época relativamente tardía (aunque preliteraria), y que por esa razón debe de haberse propagado de una sola región, de un solo punto que, naturalmente, ya no podemos localizar.

En cuanto a la formación de compuestos con ET, aunque poco frecuente, no es insólita: ocurre, en verdad, en los numerales de 16 ó 17 a 19; así DECE(M)-ET-OCTO da en veneciano *disdòto*, y en lucano *riciròtt*, mientras que el español *dieciocho* ha sufrido una recomposición.

HELMUT LÜDTKE.

Venecia
Istituto Universitario Ca' Foscari

ERRORES DE LECTURA

En el *BHS*, XXXIV, 1957, el Sr. Hodcroft reseña mi estudio del verbo en *La Celestina* (Anejo LXIV, *RFE*) vacilando en aceptar sus resultados, debido a varios supuestos errores en el cálculo e interpretación de los datos. Por for-

v. MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes*, § 26, § 100.

tuna es fácil comprobar que estos errores no existen en el libro, sino en la lectura defectuosa del Sr. Hodcroft.

Su primera y más importante objeción alude al cómputo de los ejemplos en el empleo de *se* pasivo-reflejo que, según él, no son 197, como aparece en el cuadro estadístico, sino 191, de acuerdo con el registro final. Olvida o desconoce el autor de la reseña los ejemplos citados en el texto y aquellos otros que aparecen en una misma línea. A esta misma causa cabe atribuir los tres casos que erróneamente cita: *se fué, se va, búscanse unos a otros*, que no tenemos registrados como correspondientes a dicho valor.

Cita a continuación la reseña varios casos de inadecuada interpretación semántica. Concretamente no está de acuerdo con el valor posesivo de *haber* en el ejemplo: *qué también habrá para tí sayo...*, etc. La pérdida progresiva de significación de los auxiliares, en especial de la expresión posesiva de *haber*, sigue un largo proceso en el que este valor se va adelgazando, hasta quedar reducido a una levísima tonalidad, cuya apreciación puede ser inasequible para una conciencia lingüística no española. Esto sucede en el ejemplo citado, que hoy podríamos sustituir sin violencia por *tú también tendrás sayo...*, etc. Solamente como dato secundario (junto a la clara objetividad de las variantes morfológicas) hemos atendido, en nuestra encuesta, a estas imprecisas variantes semánticas, muy interesantes en otros aspectos.

Error de lectura, justificable en quien tiene que hacer el difícil equilibrio de enjuiciar variantes verbales en un idioma extraño, es el que sufre el Sr. Hodcroft al atribuirnos una confusión en la valoración de la forma *vamos*, que se cita, no como ejemplo de uso indicativo, sino de la «concurencia» indicativo-subjuntivo, que en *La Celestina* se decide proporcionalmente a favor de este último. Hay también confusión, no sabemos exactamente, si en la interpretación del texto o en la de nuestra terminología, en la referencia a la pág. 122.

La observación del Sr. Hodcroft a la nota sobre la presencia de *d* en formas como *viniesedes, quisierdes*, etc., es claramente impertinente. Ni la observación de Menéndez

Pidal ni la de Hanssen contradicen un posible influjo renacentista anterior al siglo XVII. Tampoco ha habido confusión al unir en una misma relación los ejemplos de formas con *-d* llanas y esdrújulas, ya que, en realidad, constituyen etapas de un mismo fenómeno. El hecho, todavía no bien comprobado en toda su extensión, de que perduren hasta el XVII las variantes proparoxítonas y solamente hasta el XVI las llanas, no es más importante que el de la conservación, más o menos tardía, en función de determinadas raíces verbales (*quisierdes* parece ser una de las últimas formas que se conservan). No es nuestra intención en este punto sino recoger datos que puedan ser útiles para resolver esta cuestión.

El margen de error (cálculo o interpretación) en un análisis que recoge la totalidad de las formas verbales de un libro extenso como *La Celestina* (más de 15.000) admite, antes de afectar a las conclusiones, no ya la insignificante y equivocada lista del Sr. Hodcroft (8 ejemplos son los que concretamente cita), sino otra mucho mayor y exacta. Consideramos por ello su prueba como muy favorable, aunque hubiéramos preferido una lectura más atenta y el juicio de un crítico español, habituado al trato con los escurridizos valores verbales, que es la única garantía de un criterio uniforme y seguro.

M. CRIADO DE VAL.

CORRECCION A «UNA CARTA MAL ATRIBUIDA A GONGORA» (RFE, XXXIX, 1955, PAGINA 2, NOTA**)

En esa nota digo que no me atrevo a leer «licenciado» en la línea 31 de la carta transcrita. Sin embargo, la buena lectura era ésa (y así lo había interpretado ya Artigas). Ultimamente he podido seguir la historia de esta abreviatura: está formada por dos *eles* y la sílaba *do* volada. La abreviatura procede del sintagma «el licenciado», que con la mala separación de palabras habitual en textos manuscritos viene representado por